HETERÓNIMOS

Gabriel Veraldi-Pasquale

ANÓNIMO FLORENTINO: LAS CONFESIONES DEL MONSTRUO DE FLORENCIA

A Manuela Garrido, que ha sido una madre para mí.

Anónimo florentino

Desde Granada, mora y enamorada, mecido en el perfume de los jazmines nocherniegos de un carmen del Albayzín, he leído las confesiones de un asesino y me he sumido en "esa tristeza que tú me conoces", triste a pesar de la noche azul cobalto y la luna de cadmio. Ahora querría que te llegases hasta mí con tu sonrisa desarbolada, y borraras esta penosa sensación de extranjería conmigo mismo al descubrir en un ser tan supuestamente ajeno, una fraternidad tan sofocante como la mirada de algunos días desde el espejo. Dama, he dejado que mi corazón se abra a un asesino y he perdido pie, asomado a su abismo.

Hace unos meses llegué a Milán, roto, enfermo de desamor y mi anfitrión, preocupado y discreto, recurrió a su coche destartalado y cómplice para recuperarme de mi desdicha: "Te enseñaré Florencia". En plena autopista sacó el viejo automóvil sus achaques, y hubimos de apartarlo, humeante y quejumbroso, al arcén. Minutos después estábamos rodeados de hospitalarios italianos, mecánicos improvisados que se llenaron las uñas de tizne, huella de su solidaridad y de nuestra impericia, y pudimos continuar viaje. La Toscana nos acogió con esas brumas irreales que sólo Leonardo me había anunciado y, ganado por la belleza de Florencia, no deshice el equipaje a mi arribada, huésped de un Farlatti di Caporiacco con corona ducal en la puerta de su vieja casona del siglo XVII, y no reparé entonces en un sobre abultado, que a la mañana siguiente descubrí entre mis pertenencias. Por culpa de mi deficiente italiano, debí esperar hasta que la servicial curiosidad de Gabriel Veraldi-Pasquale, que se llama a sí mismo "descendiente de los civilizados etruscos y enamorado de Italia", puso a mi alcance en este idioma nuestro, que tantas veces nos duele y nos sana, la traducción sin título que podría llamarse "Las confesiones del monstruo de Florencia", y que nunca sabré si fue un obsequio de

alguno de nuestros samaritanos de la autopista o de aquellos misteriosos ocupantes del hotel, que apenas llegué a ver.

Dama, recurro a ti porque eres sabia, y tantas veces he tenido en una frase tuya consuelo y sosiego, que espero el ungüento de tu ternura sin preguntarme qué derecho me asiste y hasta dónde llevaré mi deuda de gratitud contigo. Escríbeme o llámame antes de mi viaje a Grecia, patria de Príamo y Panagulis, amiga políglota y cosmopolita, y háblame en nuestro viejo lenguaje interparroquial, como si estuvieras aquí, a mi lado.

LAS CONFESIONES DEL MONSTRUO DE FLORENCIA

Un "asesino". Con esta palabra creen poder exorcizar la similitud entre ellos, que no han matado jamás, y yo, "*el monstruo de Florencia"*. La sinceridad, que es el artificio de los simples, da carta de naturaleza, no obstante, a sentimientos completamente antagónicos, alternativamente tiernos y feroces, y con una encantadora naturalidad pontifican sobre lo "*normal*" y lo "*anormal*" sin dejar por ello de ser sujetos pasivos de emociones incontrolables. Pero todo está inserto en la naturaleza del alma humana y por mucho que un hombre transgreda la ley y la lógica imperantes, jamás llegará a ser otra cosa que un ser humano actuando dentro de sus propios límites y sus propias prerrogativas.

Cuando oigo los comentarios de los parroquianos del bar, donde todas las tardes tomo un *chianti*, siento que las carcajadas podrían desbaratar este continente serio, que acompaña sus excitadas hipótesis sobre el asesino: *"un psicópata, un hombre que siente un extraño placer sexual al asesinar y mutilar a sus víctimas"*. Y me admiro de ser tan diferente de la imagen que dan del asesino.

Jamás he sentido placer viendo agonizar a un ser humano y cualquiera que haya contemplado de cerca los estertores de la muerte estará de acuerdo conmigo: no hay nada exaltante, ni siquiera respetable, en esa repulsiva rebeldía zoológica, cuando el instinto de conservación prima sobre la más mínima dignidad. Las muertes ejemplares no existen y se llaman así a los preámbulos declamatorios

antes de recibir el impacto letal y, en efecto, hay frases realmente hermosas, llenas de una sombría tristeza estupefacta, que me han hecho parpadear antes de apretar el gatillo. Pero la agonía, por muy breve que sea, siempre es penosa de contemplar, siempre es antiestética, por eso jamás opero sobre los cuerpos vivos y sólo actúo cuando ya cadáveres me ofrecen su complicidad.

Antes de matar, recuerdo haber oído comentar que mi tío había formado parte de un pelotón de fusilamiento en la guerra, y me extrañaba que jamás se refiriera a aquellos hombres ni a sus sentimientos como copartícipe de su suerte. Un día —tenía yo dieciséis años—, le pregunté a bocajarro sobre aquello. No sé si enrojecí por su silencio o por aquella mirada dura y vacía que me dirigió, pero alguien entró en aquel momento y pude marcharme sin esperar respuesta.

Durante varios días no lo miré de frente y percibí una zozobra nueva, un malestar que creí ajeno. *"Escúchame* —dijo—, *antes de que sigas con esas fantasías, prefiero decírtelo claramente: cuando se mata a un hombre sólo se siente extrañeza al comprobar lo fácil que es. Lo que siento por los hombres que he matado es una tranquila indiferencia y no puedo decir lo mismo de los vivos, que por muy semejantes que sean o por muy lejanos que se encuentren, siempre pueden llegar a irritarme. A veces, cuando tardaban en morir y había que darles el tiro de gracia les tuve rencor por su testarudez en agarrarse a la vida, sabiendo que era inútil, que estaban condenados, pero se me pasaba enseguida."* Y no sé por qué entonces, a los dieciséis años, supe que mi tío decía la verdad y mentían quienes hablaron de remordimientos eternos, que nadie está preparado para sufrir siempre por la misma causa y un estímulo, repetido hasta la saciedad acaba por abotagar la sensación que produjo. La primera vez que ayudé al médico forense en una autopsia, me avisó: *"Tendrá náuseas por la fetidez del cadáver en descomposición. Luego uno se acostumbra."* Durante varios días tuve en la nariz el hedor de aquel cadáver como un recuerdo demasiado vívido, que me asaltaba en cualquier momento sin que mediara un estímulo similar, pero al cabo de un tiempo en anatomía patológica me inmunicé y una ducha enérgica, un lavado de las fosas nasales con agua, sal marina y tomillo, me desprende ahora, en unos minutos, de una sensación que yo creí imborrable el primer día.

Siento, al contrario, una infinita conmiseración por quienes tienen que bregar con enfermos, que gimen, se agitan, lloran, fingen desear la muerte y tienen ese pesado olor glandular que no permite olvidar que detrás de su mascarada, a pesar de todo, estarían dispuestos a imponer su pestilencia, sus llagas, su enfermedad, su vida atroz, si fuera posible eternamente, reculando ante la muerte en un grotesco deseo de vivir a cualquier precio. Luego, cuando veo a los trabajadores del hospital, que charlan, ríen, se casan, juegan a las cartas o se apasionan con la política, sin que aparentemente nada se haya resquebrajado en su interior, sin que muestren un asco profundo y descarnado por todo lo humano, me digo que es absolutamente necesario que se apeguen a la rutina muelle de los sentidos y de las relaciones humanas convencionales, porque sin esos asideros nadie que haya visto de cerca al hombre en su más desnuda inanidad podría ser ya uno más.

Quizás he dado a entender que odio a la humanidad, y no es verdad. El ser humano me parece digno de piedad, siento por mis semejantes una compasión cada vez más aguda y aunque su sufrimiento fuera merecido, siempre es desmesurado hasta para el más culpable, porque nunca tendrá un hombre la talla moral del dolor que pueda sobrevenirle, siempre se encontrará sobrepasado y vencido ante él y es tan habitual en la vida, estamos tan inermes...

Pero yo no mato para evitarles sufrir a mis victimas, yo no soy quién para tratar de enmendarle la plana a Dios y en Él confío hasta cerrar mi entendimiento a las preguntas que nadie, sino Dios podría responderme. Sé que todo está en su divina voluntad, hasta lo incomprensible, hasta lo inaceptable y ¡ay de quien le pida cuentas, porque llegará a la locura de negarlo!. Y si Dios se borra de nuestra existencia, si ya no hay un plan supremo que cumplimos, aun ignorando cuál será la finalidad y su alcance, ¿qué nos queda sino un desierto helado donde nada tiene valor, cada acto nos remite a su iniquidad y cada límite subjetivo es un espejismo esterilizante?

Yo sé que al matar me sitúo en esa frontera que la mayoría no traspasará jamás, pero mis actos no son contra natura porque en la naturaleza de las cosas está la muerte y yo bien pudiera ser el administrador de una suerte que al nacer ya

está echada. Matar no provoca consecuencias tan graves como engendrar un hijo, que puede ser un santo o poner a punto la bomba que, al fin, hará saltar el planeta.

Cualquier acto, si tuviéramos cabal conciencia de su repercusión podría ser de mayor trascendencia que la interrupción prematura de una vida. Todo lo más, una muerte significa que ya no se realizará un ciclo temporal con sus consiguientes actos específicos, y nadie tiene derecho a echar en falta lo que no ha sucedido, aunque ésta sea la nostalgia más arraigada, incapaces de eternizarnos en el recuerdo de lo que aconteció.

Se ha hablado mucho de la edad de mis víctimas, y se ha buscado oscuras explicaciones al hecho de que los haya sorprendido al final de juegos amorosos, creyendo detectar mi repulsión sexual. No es cuestión de dar nombres y ninguna de las mujeres que he amado podrá atestiguar, pero soy perfectamente capaz de gozar, aunque por pudor y caballerosidad no les haya dicho nunca hasta qué punto el placer sexual es uno y el mismo después de la primera vez, ni lo poco individuales que somos cuando querríamos ser irrepetibles, que lo que se llama la intimidad de la pareja es, de hecho, lo más genérico e intercambiable de la especie y no creo que nadie medianamente lúcido pueda negarlo.

Al igual que no me creo extraordinario cuando me baño y aún mojado siento el sol con gratitud y degusto ese momento y tantos otros que me procuran placer, conmovido y feliz, descubro en el abrazo sexual toda su gratificante realidad sin por ello considerarlo sublime. Pero fue precisamente después de amar a una mujer muy bella y sentir que me gustaría morir en ese momento, cuando vi claramente que el mejor regalo a un condenado a muerte —todos lo somos— sería permitirle hacer el amor ignorando que fuera a ser ejecutado.

Curiosamente todos ven crueldad donde yo creo demostrar una profunda piedad: sería tan hermoso que hubieran muerto mientras aún se amaban todos esos hombre y mujeres que reestrenan, cada día, la lacerante historia de sus ofensas y resentimientos, como una condena y una factura que jamás podrán pagar, que una vez fueron jóvenes y sintieron indisciplinadamente y cada destello de luz encontró la avidez de su mirada, capaces de amar desde una integridad imperiosa, risueña, ilimitada, con un nudo en la garganta y minúsculas descargas

eléctricas en la piel, absortos e inermes ante la vida cuando aún era la primera vez de todas las cosas y el hábito no había desgastado su receptividad.

Se ama por un desajuste entre el raciocinio y las hormonas que nos incapacita para detectar lo que de verdadero existe en el otro, idealizado por mor de imponderables psíquicos, pero sería imposible sin estas recíprocas inferencias anular al individuo lúdico y amoral hasta encontrar, como fenómeno general, que los seres humanos se reproducen en cautividad, presos en relaciones simbióticas donde se anulan.

Hay un punto en el que no malgasto mi piedad y es con la gente del sur, el cáncer de Italia. La debilidad que se demuestra con esa gente no tiene disculpa; y, como tantas veces, esa benevolencia indiferenciada es profundamente injusta con el resto. Habría que poner una muralla en Roma para que no llegaran hasta nosotros esos mestizos de la peor raza, delincuentes todos, porque es mentira que la *mafia* o la *camorra* sean cotos cerrados: todos pertenecen y sirven a la *mafia* desde hace varias generaciones, como antes sirvieron a los árabes y a los españoles. Sólo quien los domina puede contar con su lealtad, pero no porque sean capaces de sentir algo parecido, sino por miedo. Esa gentuza sólo se merece el látigo y ése es el único lenguaje que entienden. Si cada *terroni* que delinquiera se encontrara a toda su familia degollada, hasta el último miembro, se podría sanear Italia; pero nuestros gobernantes son los primeros que se benefician del tráfico de influencias, y no hay político, juez o policía que sea incorruptible o siéndolo esté a salvo.

Sé que soy arbitrario y apasionado cuando se trata de ellos y sé también que quizás mis motivos son pueriles: aborrezco esa desidia con la que aceptan el destino, me crispa su pronunciación y cuando se expresan entre ellos en su jerga incomprensible, semiárabe y semiespañol. Sus valores, sus convicciones, sus costumbres, su atavismo tribal, todo me hace despreciarlos y confieso que los exterminaría como a una plaga de cucarachas, con tanto asco por sus cadáveres como por su existencia.

Por otro lado establezco un baremo perfectamente lógico y en mi índice de valores no son los más dañinos ni los que promueven, en último término, este

ambiente deteriorado, final de milenio, que nuestra decadente Italia evidencia. Las raíces hay que encontrarlas en aquellos zafios guerreros, dispuestos a alquilar sus tropas al mejor postor, mecenas por soberbia e inmortales sin merecimientos que configuraron la historia de Italia y determinaron sus lacras. El colmo es que estoy seguro de que los *terroni* serán los únicos que sobrevivirán, porque están preparados desde la noche de los tiempos para salvarse de todas las decadencias y de todos los imperios: no tienen más religión que su propia sensualidad y en ellos no es esta tenue y movediza sensación que degustamos quienes estamos en la pendiente de una cultura agonizante; ellos tienen el vigor de quienes no fueron nunca mimados por la historia, y la adversidad los ha fortalecido, como el veneno que una vez fue efectivo contra las ratas, alimenta a sus crías. Si, como dice Giraudoux, *"la inocencia de un ser es su adaptación absoluta al universo en que vive"*, hay que reconocer que los terroni se han adaptado admirablemente a la putrefacción reinante y se han servido de ella como caldo de cultivo para medrar.

Pero yo no tengo un culto exacerbado por la inocencia ni por los ganadores. Los únicos personajes que admiro han degustado el poder como insomnes maníacos, observando con total lucidez los síntomas de su futura derrota, y, si han sido arrogantes, lo fueron por elegancia, porque no se mendiga simpatía cuando se es poderoso, basta con inspirar temor, pero han sabido perder sin sorpresa sus privilegios. Los patanes recién llegados al poder, embriagados aún por su triunfo o por su suerte, son ininteresantes y despreciables, por mucho vigor que les acompañe.

Se ha supuesto que mi astucia es atípica, ya que jamás me he dejado tentar por la controversia, no me he comunicado con la prensa ni he intentado establecer un duelo con la policía desde los primeros crímenes conocidos, hace muchos años, pero no es sólo mi perspicacia la que me ha hecho invulnerable. Está tan arraigado el prejuicio de que he de ser un monstruo que buscan a un enfermo mental, que haya padecido trastornos paranoicos graves, olvidando que el loco no puede hacer sufrir mucho tiempo, sufre él hasta el punto de quedar a la merced de la institución psiquiátrica, y, si alguna de las personas que me conoce, pudiera identificarme por indicios objetivos, descartaría inmediatamente la idea al no corresponder mi personalidad con los diferentes retratos-robot psicológicos que

han publicado los periódicos, fruto de la experimentada cohorte de policías de varios países y que no revela ser producto de un estudio desapasionado del caso, teniendo en cuenta casos precedentes, sino del miedo a percibir que cualquier asesino, desde Landru hasta Jack, el destripador, tienen como nadie las características de buen ciudadano y afectuoso hombre de costumbres familiares, pero eso les produce tal desasosiego, que prefieren ignorar la testaruda realidad de las estadísticas, angustiados al no poder señalar y discernir la tara que salvará al resto con su bondad.

Pero esa puerilidad bonancible de la mayoría que se llama "bondad", suele revelar una falla del carácter más que una virtud. La bondad, la inocencia no es un estado de partida, sino una larga conquista que jamás se basa en esa tibia negativa a actuar para no errar. Un hombre bueno jamás será aquel que ha obviado, por falta de estímulos, por escrúpulos o por acidia, la asunción del mal como adversario, en cualquiera de sus manifestaciones. Sin establecer un combate con él no se le puede vencer, pero sólo se puede ganar al enemigo trasunto de uno mismo, del que se conocen sus reacciones y sus pensamientos más secretos: nuestro sistema lógico es biunívoco y sólo sabemos responder en la misma dialéctica que se nos plantea. Llegar a percibir la ofensa como defectuosa manifestación mental del que nos agrede es un derivativo que nos exime de responder, desautorizando al interlocutor, pero no trasgrede fundamentalmente la lógica monolítica en la que estamos presos y que es excluyente para los antagonistas. Sólo desde una percepción radial y global de la existencia se puede evitar la eterna simplicidad que obliga a responder con violencia al mal, tiernos corderillos si se nos muestra interés, y para saberlo es preciso caer en todas las provocaciones, sucumbir a todas las tentaciones.

Y no obstante eso no me impide ser víctima de las expectativas que despierto y hoy, precisamente, escribo motivado por el interés que me ha testimoniado una autostopista sin demasiadas luces, que me ha hecho vislumbrar la posibilidad de llevar el riesgo hasta la temeridad. En este escrito doy pistas *reales* pero cualquiera de mis afirmaciones tendentes a identificarme es también una cortina de humo que impedirá a los sabuesos cazarme. La idea es enjundiosa y sencilla: dejaré este escrito en la autopista Milán-Florencia o bien lo traduciré al

único idioma que conozco, aparte del italiano, y lo enviaré a cualquier editor de tres al cuarto como relato-ficción, basado en la idea de que el autor finge haberlo encontrado en la autopista y lo ha traducido, juego de los heterónimos que ha sido usado una y otra vez por numerosos escritores, faltos de una idea más sustanciosa y más elaborada, que si bien no les permitirá salir de los límites de su propia pelleja existencial, les da la sensación de haber hallado otra voz y otro tono, pero suelen ser perfectamente reconocibles porque la lógica y el armazón conceptual son los mismos. Nadie puede seguir una lógica ajena a sus presupuestos y aunque pudiera percibirla por la narración de otro, enseguida descodificaría y simplificaría el mensaje hasta hacerlo homologable con su propia falta de horizontes. Así, cuanto más extraordinario e individual es el testimonio de un hombre, menos comprendido será en profundidad y más apreciado por las sugerencias imprecisas que desencadena en los receptores. Cuanto más anodino es el lector, más tendrá la imperiosa necesidad de identificarse con lo extraordinario y eso le permite creerse apto para confraternizar con el autor y su obra aunque jamás sea su émulo. De ahí se deriva el fenómeno del *best-seller* que periódicamente catapulta a la fama a un escritor, a ser posible abstruso, ilegible o simplemente épico-moral, y da un lugar de privilegio en las bibliotecas a Nietszche, Kafka, Hermann Hesse, Borges o esas traducciones occidentales de cualquiera de las ramas del budismo. Jamás un solo lector se ha sentido llamado a consagrar con su admiración a quien le habla en su mismo tono de sus mismas garbanceras certezas, porque el espejo de sí mismo suele ser relegado al cuarto de baño o al techo del lupanar de tercera categoría.

Cabe la posibilidad de que crean que éstas son las confesiones del *"monstruo de Florencia"* y todo lo que diga será juzgado en consecuencia. Pero si en verdad soy el asesino, nadie en su sano juicio pensará que voy a darles la soga para ahorcarme; antes bien habré dirigido las sospechas hacia quien pueda ser blanco de la acusación —como en ocasiones anteriores—, pero no es menos cierto que no me he permitido ni la más mínima inexactitud para salvaguardarme. Leído lo que antecede sin prejuicios es un testimonio que da la clave de mi identidad sin lugar a dudas, pero el primer prejuicio consistirá en optar por creer que soy el asesino.

O bien creerán que esto es un relato basado en el personaje que ocupa periódicamente las primeras planas de las publicaciones italianas, y que alguien escribió, jugando con el equívoco, una historia en primera persona, fingiendo ser un asesino que se confiesa. El juicio literario será en consonancia con la ficción y el estilo que le identifica y en la medida en que se le reconozca *"otro"* en su heterónimo, si bien será un obstáculo la longitud —excesiva para un cuento e insuficiente para una novela— y puede quedar relegado en el montón de los impublicables que reciben los editores, con lo que no se sabrá nunca por qué vericuetos el autor se ha visto inducido a escribir sobre un tema que no cuenta con grandes tiradas y quienes lo trataron tuvieron la más vil condición que puede tener un literato, que es ser atípico y maldito al estilo de Lautreamont, Quincey o Sade, que apenas cuentan con el aliciente de un buen titulo y el contenido es pura escatología sanguinolenta, digna de carniceros con pretensiones literarias. Y llegar a la conclusión de que yo soy un inventor de ficciones también es un prejuicio.

A estas alturas pienso que nadie más que uno de mis semejantes —¿y quién lo es?—, podrá extraer de la lectura de estas páginas la solución, al margen de que pueda señalarme con el dedo y reconocerme en la multitud y, sin embargo, sé que al leerme sabría encontrarme similar, pero me reprochará que no sea tan sincero que descarte dirigirme a quienes jamás me comprenderán y haber dado un tono demasiado plano a mi confesión; pero cada palabra que se dirige a ese auditorio fantasmatizado que son mis semejantes, mis pares, se evapora inexpresable porque sólo conozco a quienes me rodean, seres de una pieza, que rezuman vulgaridad, y son sus preguntas y sus dudas las que han llegado hasta mi. No conozco a nadie como yo, y yo soy un interlocutor que me canso a mi mismo, preso de mi propia limitación inquisitiva.

Los demás me han acostumbrado a esa necesidad de justificaciones y porqués cuando en mí jamás he buscado la disculpa que dé sentido a mis actos y ni siquiera respondo de ellos. La íntima necesidad de perfección, de no ignorar nada que este latente en mi naturaleza ha sido, quizás, la motivación más fuerte para explorar los tabúes que se han institucionalizado, recientemente, con el humanismo. Pero el hombre es un animal superdepredador y en lo más radical de si, en su memoria de especie, está incorporado el asesinato junto al reflejo de

succión o la actividad retiniana que dosifica la luz. La visión del otro como un asociado benéfico es totalmente utilitaria y ha sido una adquisición tardía que todavía no se ha incorporado a nuestras circunvoluciones cerebrales; sólo es una premisa teórica que se inculca al niño a través de la domesticación superficial de sus instintos, junto con las reservas ancestrales contra los desconocidos, que neutralizan su adscripción o la distorsionan.

Nadie tiene sentimientos generosos hasta que no ha recibido el bombardeo sistemático de los castigos y de los premios en función de su disponibilidad afectiva y su docilidad, con las que se compra amor y aceptación desde la cuna. Un hombre no es muy diferente de perro que adiestró Pavlov y sus reflejos sociales son condicionados por el mismo sistema. Sólo quien no necesitase aprobación, o la circunscribiese a una zona perfectamente delimitada que le bastase como gratificación, podrá traspasar la moral que nos limita. Nadie en su sano juicio puede creerse que Dios se ocupe de estas minucias, que se ponen de moda a través de filósofos y moralistas, cuando unos siglos antes lo que se ha valorado es justamente lo contrario, pero es normal que un Dios no antropomórfico angustie a los humanos y así, necesitan hacerlo coautor y árbitro de lo que sólo son convenios temporales: el amor materno, que ahora se considera biológico, ha sido una moda tan reciente y masiva como fue elitista y depravada su expresión primera en los albores del Renacimiento; el amor, como pasión absorbente y privilegiada, no es sino la adopción como norma de lo que fueron juegos y justas literarias y corteses de los ociosos de la baja Edad Media, que los plebeyos creyeron altamente elegantes y lo sumaron a sus usos y costumbres, hasta autosugestionarse en masa, del mismo modo que hoy nos sirve la cultura para desclasarnos, porque siempre será más fácil leer todos los libros de la biblioteca pública más cercana que tener una cuenta corriente multimillonaria para salvarnos de ser un don nadie.

Pero lo único que nos salva de ser nadie ontológicamente es la relación privilegiada —aun injusta— es la mirada inquisitiva de quien nos ama sin porqués la que nos individualiza.

Al hombre, enfermo de inseguridad ontologica, le asusta el hombre y sólo decretándola inocua puede confiar en la mujer, en la que deposita su tensión, su

debilidad, su fuerza y su ternura, dispuesto a creer que será amado y aceptado en toda su integridad. Pero la mujer es un guerrero que prescinde de reglas bélicas y sólo tiene una norma: vencer, encadenar a ese extraño asaltante que la coloniza desde la prepotencia, pero quiere permanecer como dueño por amor. La mujer entabla cada combate apelando a la debilidad, pero su triunfo es saber ceder, y su victoria está inscrita en la insatisfacción que le empuja a encontrar un nuevo terreno de batalla cada día si ayer se rindió su contrincante.

La madre nos inculca desde la cuna lo que la mujer nos confirmará en el lecho: el hombre es un ser repulsivo y mezquino del que le viene todo el mal y todo el sufrimiento, y cada uno es, no obstante, amado a pesar de ello. Muy pocos dejan de sentirse culpables y privilegiados y su necedad los ciega para darse cuenta de que ningún hombre permanece igual a sí mismo al lado de una mujer —¿poseído o devastado?—, y tanto da los merecimientos individuales de su compañera, porque su victoria no se basa en sus propias características, sino en las debilidades del adversario y en un entrenamiento tan ancestral como desprovisto de riesgos. A fuerza de oír hablar de ella como de un ser donde convergen virtudes y vicios casi teologales, la mujer adquiere distancia de si misma, se nos hace inaccesible, prescinde de cualquier ética ajena, puesto que no se reconoce en las características descritas como suyas. El hecho de que sus cualidades más aplaudidas —la virginidad, la sumisión, la docilidad—, no se basen en conquistas personales, sino en renuncias e inhibiciones, la obligó a crecer y a fortalecerse en secreto —a pesar de la vigilancia o quizás porque se sabe vigilada— y ha desarrollado una personalidad que desconocemos y en la que nos desconoce, siendo el único animal que prescinde de amedrentar o persuadir al enemigo para alejarlo, porque su efecto letal es inversamente proporcional a la distancia, su barricada es el amor y su guarida nuestra tumba, moralmente justificada porque arrasa con quien la excluye. ¿Qué remordimientos podemos presuponerle?

Sin embargo estoy casado y adoro a mi mujer: es un ser poco inteligente, necia respecto a cualquier parámetro de inteligencia humana, falta de recursos ante el día a día, que no me odia porque no me debe nada, pero he aprendido de ella casi todo lo que me hace invulnerable, quizás porque, afortunadamente, los hombres y las mujeres no somos completamente viriles o femeninos y sólo los

muy simples tratan de mutilar sus componentes bisexuales, la convivencia me resulta provechosa. Yo me enorgullezco de tener una inteligencia muy femenina y un absoluto desprecio por las características viriles que consideran que más vale romperse que doblarse y sólo producen héroes muertos. Pero esa imbecilidad ha de ser patrimonio de la mayoría para que no haya lugar a estériles componendas con ella.

La mujer no es pasiva en el amor por carácter o educación, sino por indiferencia hacia el placer del hombre; no nos agrede por nuestra infamia, sino cuando se descubre deudora de nuestra benevolencia; no nos traiciona cuando ya no nos necesita —porque no nos necesita: nos utiliza—, sino cuando descubre que no ha comprado nuestro amor con sus disponibilidad zalamera. Y jamás una mujer ama sin condiciones: la menor quizás sea nuestro aniquilamiento; la mayor es descubrirnos nuestra sordidez y erigirse en testigo de cargo. Pero es fascinante como amiga y como enemiga porque nos estimula para sobrepasar la lógica aristotélica del sí o el no, y siempre se pueden perder las referencias cognoscitivas en nuestra confrontación, ya sea amatoria o excluyente: un cazador de tigres no tendrá ni una idea aproximada del peligro que representa medirse con una mujer indefensa. He conocido a mercenarios despiadados o insolentes, desarmados con argucias femeninas, hasta hacer de ellos esclavos; he visto a eruditos en filosofía pura caer en desvaríos inconfesables por una mujer completamente falta de criterio; he visto a hombres anulados por la enfermedad y el trabajo por no desmerecer a una mujer completamente vulgar. Y los errores, cuando son tan comunes, ilustran sobre las verdades subyacentes.

COMUNICACIÓN INTERCEPTADA EN SESIÓN ESPIRITISTA DE MARCEL PROUST CON SU TRADUCTORA, CONSUELO BERGES, INTERESADA AL PARECER EN LA CONFUSIÓN CREADA CON UN HETERÓNIMO ATRIBUIDO A ANTONIO GALA.

Como cuando la demora de Albertine me llenaba de sospechas y resolvía romper con ella para cortar un sufrimiento que su actitud bondadosa no evitaría, justamente porque, al carecer del egoísmo que inspira la verdadera pasión, hiciera todo por agradarme, y al ser yo objeto de su delicada atención, me hiciese esto comprender cuán lejos se hallaba de amarme de verdad. A su llegada, alborozada y un poco pálida —porque siempre que prolongaba sus paseos le huía la sangre del rostro— y acaso aquello indicara hasta qué punto su corazón era frágil y al no ver entonces la fatalidad que le amenazaba, sino el reflejo de su secreta culpa, creía adivinar la doblez y el disimulo en su sonrisa exhausta y en sus ojos brillantes, y al verme a mí disgustado y taciturno, permanecía ella callada y triste, temiendo que me hubiera fatigado innecesariamente para esperarla despierto, y reforzaba con su actitud mis dudas en aquella época en la que aún me era fiel, y hacía más firme mi deseo de romper, de la misma manera, Gabriel, con la seguridad de ser excusado por una falta que no creyó cometer, se hizo merecedor del encono de José Manuel, que sin embargo habría interrumpido con un gesto amistoso cualquier amago de disculpa —como yo hubiera llenado de besos a Albertine si hubiese implorado mi perdón, ofreciéndole para enjugar sus lágrimas aquel peinador de Fortuny que tanto envidió a la duquesa de Guermantes—y dejó que se agriase su rencor al presuponer una recalcitrante alevosía donde sólo hubo cabal inocencia, pues al parodiar hasta el límite de lo inverosímil, no ya a Antonio Gala, sino a sus peores imitadores, estuvo en su intención provocar la sonrisa y no el equívoco, fiado del buen criterio literario de quienes tenían el magisterio y la autoridad de la crítica, y así creyó Gabriel que sabrían recelar que en aquellos folios se escondía, púdico, el deseo de mostrarse amable, a través del trabajo que se tomó por provocar la

sonrisa por el camino de un implícito homenaje a sus inteligencias.

Pero Gabriel —como Bergotte— quizás por su propia ingenuidad o por sobrevalorar de forma pueril la inteligencia ajena, no tuvo en cuenta hasta qué punto sería inevitable la confusión, no ya por la pericia de su imitación, sino por la necesidad que el grupo de “*Barcarola*" tenía de verse, al fin, recompensado por Antonio Gala; quien recibió su admiración incondicional y consideró todo homenaje a su persona como si estuviera justificado por sus propias prendas personales, y obvió la generosa magnanimidad de sus fieles con una majestuosa indiferencia, con lo que sembró soterradas expectativas de una posterior gratificación, ya que el admirador no sólo extrae un gozo de su sometimiento al ser que admira, sino también del convencimiento de que participa de la grandeza del objeto de su adoración por haberlo escogido tan alto, y se siente superior al resto por ello, por lo que el deseo de ser recompensado por su exquisita pleitesía es para él tan legítimo como el tributo que rinde —tanto más cuanto que su devoción por el autor de éxito emana del centro mismo de una ingenua y conmovedora creencia que hizo magnificar más y mejor a quien menos hubieron leído. Y lejos de aumentar su frustración por la falta de señales de deferencia de Antonio Gala, colmaron sus secretas esperanzas con el envío de Gabriel, rápidamente atribuido al esquivo, para así adornarlo con otra prenda suplementaria a su talento, que sería la gratitud, y cegados por la certidumbre de merecerla, no supieron ver que el heterónimo quedaba suficientemente firmado.

De este modo, nada de lo que alegara Gabriel sería interpretado sino como una nueva prueba de malevolencia, y así el grupo de "*Barcarola*" creyó adivinar mil estocadas por la espalda, mientras Gabriel detectó otras tantas falsedades al hacerlo responsable de una misteriosa llamada al director, que éste atribuyó en su momento a uno de los secretarios de Antonio Gala, en la que supuestamente se habría reafirmado la autoría y de otras llamadas, con amenazas y presiones diversas que, sospechosamente, coincidieron una y otra vez con el máximo responsable de la revista y tuvieron el efecto contrario al buscado, que era convencer de su rigor intelectual —ya que la reiteración de motivos suele corresponderse con una arbitrariedad o falacia de fondo, y porque la verdad también se inventa, muchas veces para resultar verosímiles, no tuvo Gabriel

ocasión de soslayar ni perdonar el móvil de esta ficción en la que se percibía tanto la búsqueda de una justificación a la falta de rigor literario como el deseo de encontrar un culpable contra el que atizar el encono de las instituciones públicas, que subvencionan la ineptitud de estos muchachos —que, por otra parte, son absolutamente encantadores y estoy seguro de que a usted, Doña Consuelo, le agradaría el fervor por Stendhal de alguno de ellos, capaz de describir la prosa de quien aprendió a escribir leyendo el Código Civil como "pura ambrosía", dando en su exaltación un calificativo a Beyle que más pareciera digno de don Pedro Corominas.

Por estas y otras cosas no pudo Gabriel sentir ese remordimiento que hubiera aplacado a sus detractores, y creció en él la irritación contra quienes reclamaban el dudoso privilegio de ser víctimas de una conspiración, de la que únicamente el más interesado en hacerlo creer podría testimoniar por estar solo cada vez que recibiera las misteriosas llamadas telefónicas que lo indujeran a publicar el heterónimo atribuyéndoselo a Gala. Y el resto del grupo directivo de "*Barcarola*", muy reticente hacia él, pero solidario en su descrédito, fingió creerlo, y precisamente porque dudaba de su veracidad tuvieron que cerrar filas en su rencor contra Gabriel, por su torpeza al presuponerles un entendimiento del que carecían, con lo que, insensiblemente, el perjudicado, al que se le había arrebatado el nombre de autor para adjudicárselo a quien no lo hubiera sido, se convirtió en el culpable de una conjura , que todos sabían inventada, pues nadie hubiera podido imaginar semejante equívoco antes de que se produjera, y mucho menos Gabriel, que considera los menesteres literarios como pasatiempos pueriles e intrascendentes.

Quise saber sobre la posible participación de Madame Verdurin en este molesto asunto, pero al indagar acerca de ello, Monsieur Verdurin alzó los brazos y me prohibió terminantemente que hablara del caso a su mujer: —"*Lo que a buen seguro le costaría una enfermedad si lo supiera, y de hecho, una indiscreta alusión de Bergotte ha afectado su sistema nervioso más allá de lo imaginable, porque siente un verdadero afecto por ambas partes en litigio, y lo último que soportaría es un alejamiento de sus fieles y dejar menguado el cogollito. Y además luego soy yo quien ha de soportar sus jaquecas. Ni se le ocurra*

mencionarlo."

Madame Verdurin ya se acercaba a nosotros entretanto, con un gracioso tocado de armiño y plumas de marabú, seguida de Monsieur de Charlus y casi sin saludarme, me preguntó crispada por la impaciencia si había visto a los directivos de "*Barcarola*" y a Antonio Gala en el trenecito, y como yo lo negase, nos abandonó al punto, cuando escuchó la bocina de un automóvil en el jardín. Al despedirme, hablé un momento con Monsieur de Charlus, que me pidió transmitiera a Morel una carta, y no pude sacar de él nada más pues estaba hosco y distraído.

A usted, Mademoiselle Berges, le deseo tanto bien como benevolencia muestra hacia nuestro común amigo Gabriel. Su intercesión acerca de Monsieur Gala no puede por menos que obligarle a perdonar la osadía de Gabriel, y a buen seguro no le hará nuestro agraviado autor reproche alguno mediando usted, pero, precisamente por eso mismo, por la seguridad que tenemos de que su magnanimidad ha de manifestarse y sabiendo que no será por merecimientos de Gabriel, sino por su delicada generosidad al solicitar el perdón, creo que no debería abusar de la benevolencia de Antonio Gala, que ha visto su nombre encabezando un escrito del que ninguna persona sensata se responsabilizaría, y mucho menos nuestro querido Gabriel, que jamás se hubiera atrevido a darlo a la luz pública a no ser bajo un pseudónimo. Así, pues, sería obligar al admirado autor, al que no he tenido la oportunidad de leer, a una bondad que no buscó ni obtuvo Gabriel, ya que, en su ánimo, si bien no estuvo perjudicar a Antonio Gala, tampoco estuvo el de reclamar otra cosa que no fuera indulgencia para sus veleidades de autor, y jamás soñó que quien él consideró muy lejos de su atención, se la prestara.

El asma no me permite coger la pluma, por lo que privado de recado de escribir, transmito a usted mis impresiones a través de Francisca, que conoce por medio de su sobrina Celeste a Manuela, que dice pertenecer a su servicio doméstico, y le hará llegar mi mensaje y el conmovedor intento literario de nuestro amigo, atrevimiento e incorrección para con usted, que tan buena ha sido con mi prosa, que no me perdonaría nunca a mí mismo, si no fuera porque creo

que se ha mostrado interesada en mi opinión, y conociendo mis momentos de fatiga, sabrá disculpar mi modo de obrar. Si tuviera necesidad de alguna otra precisión, Francisca le dará cumplida cuenta de mis impresiones, siempre y cuando no mezcle la animadversión que siente hacia Gabriel y la que es su criada no modifique mi mensaje hasta hacerlo irreconocible, como ocurrió con pasajes enteros de mis libros por cuenta de los impresores de Monsieur Gallimard.

MANUSCRITO ENCONTRADO EN LEIPZIG

Entre el romanticismo y la mugre, Frau Hezel

Hace unos años, recién terminada la carrera, decidí dedicar mi tesis doctoral a los románticos alemanes. Una fundación premió mi historial académico con una beca para vivir en Alemania. Me pareció una cantidad de dinero fastuosa, hasta que llegué a Leipzig y tuve que reconocer que Hölderlin llevaba razón al decir que "El hombre es un dios cuando sueña y y un mendigo cuando reflexiona". Mi presupuesto era como mi procedencia, tercermundista, y el alojamiento a mi alcance fue una habitación con derecho a cocina en casa de *Frau* Müller. Todos los muebles estaban adornados con tapetitos de ganchillo, y, en los muros tornasolados de pintura gris y mugre, pinturas y reproducciones de un certero mal gusto, todo muy *kisch*.

La patrona se autodenominaba artista, y todo Dios sabe cuantos desaguisados se cometen en nombre del arte. Su hijo, un alemanote de mi edad, tenía ataques epilépticos, y mucha afición a las canciones tirolesas, que entonaba con horribles jipidos a toda hora. Al cabeza de familia, esposo de la patrona y padre de su hijo, nadie me lo mencionó nunca, y creo que es la primera vez que pienso en él.

La madre de *Frau* Müller era *Frau* Hezel, una anciana que fingía ignorar que en su casa había habitaciones alquiladas y nos trataba a los huéspedes como si fuéramos bohemios parásitos que vivían a costa de su hija, salvo el día primero de mes en que se colocaba en la entrada para controlar los pagos, de naturaleza improrrogable, cuando nos sonreía meliflua y nos hablaba de fruslerías, como una amable anfitriona. Pero el día dos y los siguientes, nos volvía a mirar con gesto patibulario, que ella creía augusto, y peroraba contra los extrajeros que infestábamos Alemania, y amenizaba sus arengas augurándonos una degollina general cuando los verdaderos arios despertaran de su letargo y su derrota. Se sentaba siempre respaldada en un almohadoncito satinado, según ella, relleno de pelo de judías gaseadas en los campos de concentración, recuerdo de tiempos

mejores. *Frau* Hezel, viuda de un capitán de las SS, hija y nieta de militares prusianos, en un momento de euforia comunicativa, me dijo que era descendiente de Goethe. Todavía hoy no sé si era cierto su parentesco con Goethe ni la procedencia de sus “mignardises”.

La mayor parte del día, *Frau* Hezel se dedicaba a observar cada rincón de la casa y sus habitantes con atención maniaca, recelando ofensas a su rango en las meadas del gato, en los ceniceros llenos de colillas, en nuestras entradas y salidas; pero, sobre todo, no perdía ocasión de señalar las faltas de cuidados y atenciones en buena ley debidos a la señora de la casa, tratada con familiaridades que llegaban al desacato por una hija y un nieto que desconocían el fervor por sus ancestros, y sufriendo la indiferencia de unos huéspedes que soslayaban su presencia y no le permitían el papel de altiva y graciosa anfitriona, centro de la atención. La anciana hubiera preferido ante la ofensa, la mano dura, la sumarísima bofetada, el desahucio, pero aterrorizada ante la perspectiva de quedarse sola, oscilaba entre el patatús, la queja de enferma irreversible, las salmódicas protestas contra el gato, contra la mala educación de esas visitas siempre demasiado largas y jocosas de extranjeros poco recomendables, que pernoctábamos en su casa, y jamás aportamos no ya un origen connocido, sino digno de conocerse, hasta llegar al mimoso mohín, el desmayo, a los suspiros de agonizante sin esperanzas de curación. Y jamás enferma alguna fue tan despiadada solicitando servidumbre, compotas, tisanas, sonrisas de vasallaje y preocupación por sus dolencias.

Su entorno, lejos de cuartearse, rezumaba fastidio, y ella recibía como una intolerable ofensa esa mansedumbre gélida que acompañaba las bandejas a su alcoba con todo lo solicitado, pero sin un gesto de preocupación por su salud , ni noticias de que sus alifafes llenara de inquietud al resto de los habitantes de la casa. Y entonces, presa de furor, salía de su habitación, recogía el guante, citaba al descabello, y emplazaba a sus futuros deudos a una descomunal camorra con oportunísimas sentencias contra nuestro modo de vida y falta de educación, para acabar con un portazo, recluida en su cuarto, víctima de su propia ira, sintiéndose acorralada y sola, a punto del síncope, enfermísima, moribunda. Y volvía a empezar el círculo infernal hasta llegar a orgasmos metafíscos imaginando

nuestro llanto iconsolable y el cruel remordimiento que nos provocaría su muerte. Según su humor, llamaba a uno de los huéspedes, a su hija o su nieto pidiendo auxilio en su agonía, piedad, comprensión, yogures desnatados, compotas, almohadas mullidas... El italiano, el colombiano y su familia secundaban sus deseos, pero su impasibilidad ante el dolor ajeno eran tan evidente que Frau Hezel comprendía sin lugar a dudas que su torturada salud y su artística melancolía no eran dignas de público tan zafio y ciega de cólera los insultaba, llevaba su ira hasta la cima de su resistencia cardiaca, hasta el patatús...

Hasta que yo, agotado, insomne, y sin poder concentrarme en mis estudos, decidí fingir una absoluta conmiseración ante quien así sufría los rigores de un destino adverso mostrando un hipócrita interés por su salud, le obsequiaba con flores robadas en los jardines públicos citando algún verso entresacado de mi futura tesis, la acompañaba de vez en cuando a la *Thomaskirche* para escuchar el coro infantil, y ponía cara de arrobo cuando se explayaba en el recuerdo de los buenos tiempos cuando el nazismo iba a durar mil años. Desde ese momento olvidó generosamente que yo era español, cetrino y bajito para incluirme ente los seres superiores y dignos de su amistad: me llevaba té a mi habitación cuando estaba estudiando y salía presurosa para no molestarme, me proporcionó un cálido edredón de plumas, forrado de satén rojo y bordado por ella en su juventud, que nadie había lavado jamás... Más que un aliado fui el último amor de Frau Hezel, y todos pudimos disfrutar de una tregua en su enconado caracter, pero no exenta de peligro debido a ello: el nieto, la hija y mis compañeros de cautiverio empezaron a sospechar alguna secreta perversión, y llegaron a advertirme de que en caso de que la vieja muriera, pedirían una autopsia, porque todos sabían que esas historias de gerontofilia suelen acabar cuando la vieja hace testamento en favor de su asesino, que no habían nacido ayer y a ellos yo no los engañaba.

Con este clima en mi contra y la gratitud de la vieja neurasténica, dejé de frecuentar la sala común donde había una estufa, y mi dormitorio donde estudiaba envuelto en una manta, para estudiar en las bibliotecas públicas, huyendo lo más posible de las invitaciones de Frau Hezel a tomar té y pastas en su gabinetito y sus confidencias. Según ella tenía unos documentos extraordinarios sobre su ilustre pariente Goethe, que me quería entregar como último regalo

cuando muriera, porque su familia no sabría qué hacer con ellos, y además no les interesaban.

Terminado el semestre, volví a España, renuncié a la beca en Alemania, y acepté un trabajo muy bien remunerado en una de esas fundaciones filantrópico-culturales que parecen creadas por la *'Ndrangheta* a pachas con el Opus Dei, y durante un tiempo me olvidé del romanticismo alemán y la mugre moral de Alemania, entretenido en sobrevivir en la mafia de políticos, académicos y eclesiásticos que es una fundación cultural. Hasta que recibí un correo de un notario de Leipzig, donde me comunicaban la muerte de Frau Hezel y el legado que había dejado para mí, que debería recoger en esa notaría, firmando allí el acuse de recibo. Contesté que sentía mucho la muerte de Frau Hezel, pero por razones de trabajo, no me era posible viajar a Alemania. Y así quedó la cosa, hasta que en una de las cuchipandas de la fundación, tuve que ir a un acto en la Universidad de Leipzig, y pude aprovechar para visitar al notario, que me entregó un poema manuscrito atribuible a Goethe, y los manuscritos que traduzco y transcribo a continuación, sin poder confirmar su autenticidad ni su autoría.

Manuscrito encontrado en Leipzig (Atribuido a J P. Eckermann)

Ya a las puertas de la muerte, tengo dudas y me pregunto si no habré malgastado mi tiempo y mi talento por esa fidelidad casi perruna a mi maestro, que nunca fue conmigo tan benevolente como quise creer y dejé traslucir en aquellas notas, publicadas bajo el título de "Conversaciones con Goethe". Nunca se debería reflexionar sobre el pasado a esta edad; quizás la única enfermedad piadosa en la vejez fuera la amnesia, puesto que ya nada podemos transformar de nuestro pretérito. O tal vez sea ésta la última oportunidad que Dios nos ofrece para reconciliarnos con nuestra miserable naturaleza y solicitar su divina piedad con sincera contrición, sin los espejismos de nuestra juventud, la soberbia y la fatuidad que nos engañan cuando sólo somos, a fin de cuentas, criaturas defectuosas que de nada deberíamos vanagloriarnos.

Mi maestro y protector, Goethe, tampoco se salvó de estas vanidades y ése fue el motivo verdadero por el que ocultó el manuscrito que dio lugar a su inmortal Fausto, que encontramos entre los papeles de un conocido nuestro, alquimista y filósofo, perteneciente a una noble familia lejanamente emparentada con el Gran Duque y con el que mantuvimos estrecha relación a propósito de la teoría de los colores, que Goethe se apropió, sin mencionarnos, si bien trabajamos en ella por igual Fausto Svanitz -ese fue el nombre que utilizó para salvaguardar su apellido en el ámbito científico- y yo, aunque es verdad que cada uno investigamos con desigual fortuna, ya que Svanitz pretendía que la luz era energía y, como tal, sujeta a las leyes de la Física; algo tan absurdo que quizás hubiera debido alertarnos sobre los desequilibrios que lo llevarían al suicidio, acaso por excesivos escrúpulos al haber seducido a una joven de los alrededores, cosa que nunca llegué a calibrar con exactitud, ya que la tal Gretchen ni siquiera quiso la reparación económica e incluso se abstuvo de acusar a Fausto Svanitz, no obstante su pobreza y juventud, por lo que llegamos

a sospechar que nunca existió tal seducción más que en el desequilibrado cerebro del anciano alquimista.

Dada su importancia social y la delicada situación que podría arrostrar su familia si la noticia y los motivos del suicidio trascendían, fui enviado por Goethe para sustraer la última confesión de Fausto Svanitz, escrita, al parecer, la víspera de su muerte, y dejamos creer en un malhadado accidente, provocado por la mezcla de gases venenosos de sus redomas y alambiques, ocultando la prueba de su absoluta voluntad de morir, junto con la fórmula de los gases letales que, minuciosamente, apunto en su último cuaderno de experimentación. Transcribo ahora, por primera vez, aquello que escribió Svanitz y que mi maestro jamás menciono, ni siquiera omitiendo el nombre del autor, para no menoscabar el mérito de su Fausto y la gloria consiguiente.

Confesión que suscribo y rubrico en plena posesión de mis facultades. Weimar, enero del año de gracia de 1854.

(Sigue firma ilegible)

CARTA ENCONTRADA EN EL LABORATORIO DE FAUSTO SVANITZ EL DÍA DE SU MUERTE

A lo largo de mi vida he escrito cientos de cuadernos con mis experimentos, hipótesis de trabajo, mis rudimentarias conclusiones y mis grandes descubrimientos; pero ésta es la primera vez que intentaré describir lo que no puedo cuantificar ni resumir en fórmulas científicas. La vida siempre tiene la obscena ironía de lo desconocido por demasiado próximo y, un día u otro, se venga de nosotros con sus sarcasmos más crueles porque tratamos de ignorarla. Yo, que he menospreciado a los literatos, inventores y no descubridores de la realidad, que adolecen de la más elemental cosmogonía y gozan de la estima de unos lectores en consonancia con su enciclopédica necedad, hoy cambiaría toda

mi sabiduría por encontrar su facilidad de palabra, y rompo una y otra vez las páginas apenas empiezo, incapaz de redactar sencillamente, sin adjetivos vacuos, lo que es mi más genial hallazgo: el amor.

Ante este vocablo, todo lo que la palabra inefable significa se agolpa en mi cerebro y paraliza mi pluma sin poder transmitir esta nueva mirada sobre el mundo, en la que advierto otra armonía y otras leyes que no hubiera podido conocer antes de amar, ahora que ya es demasiado tarde para aprender a familiarizarme con esta extraña lucidez.

Nací cuando mis padres ya no esperaban descendencia. Hijo único y heredero de una gran fortuna, me crié rodeado de seres dispuestos a endulzar mi niñez, llena de quebrantos de salud. Desde muy temprano fui miope y, como se desprende de esta tara —o quizás la miopía sea la consecuencia de lo que mi alma abarca—, dediqué toda mi atención al estudio minucioso de los volúmenes empolvados de la biblioteca paterna y, casi sin advertirlo, me alejé de mis semejantes más inmediatos para recluirme en una zona aneja de la casa de mis padres, ya ancianos y sin energías para interesarse en un hijo, largo tiempo deseado, que vino a romper una rutina de sosiego mucho más fuerte que el pálido recuerdo de sus esperanzas de continuidad. De vez en cuando, con un sobresalto, recordaban que mi educación y mi porvenir eran, en parte, responsabilidad suya, y yo escuchaba en esas ocasiones sus monólogos sobre lo que debería ser mi conducta, reflejo de sus fantasmas y sus miedos y no de una mínima perspicacia respecto a mis posibilidades. Durante mi adolescencia los detesté con todas mis fuerzas; pero en mi juventud y su decadencia final llegué a sentir por ellos una mezcla de piedad y fastidio que jamás exterioricé.

Mi verdadera pasión desde la infancia fue la lectura, los experimentos de química y física, y las matemáticas, y cuando murieron mis padres y pude escapar así a su vigilancia, inicié mis estudios sobre los cuerpos vivos, saber que participa de todas las materias, pero tiene su propia metodología y sus leyes específicas. De todos estos años hablarán mis cuadernos de anotaciones, rigurosamente agrupados en orden cronológico, que guardo en el laboratorio bajo llave. Sólo destruiré antes de morir aquél que contiene mis experimentos para hallar la

piedra filosofal, porque en el transcurso de esa búsqueda, la materia me desveló propiedades que la humanidad no sabría utilizar sin una evolución espiritual similar a la que consigue el investigador.

Puedo decir, sin miedo a utilizar las palabras para esconder la realidad —porque no soy un literato—, que el único conocimiento verdadero se logra a través de la acumulación de datos y más datos, observando maniáticamente cada manifestación de la materia; pero la síntesis suprema donde todo se interrelaciona y adquiere sentido —la sabiduría—, es una explosión de potencia creadora, y el estudioso puede, al fin, ser algo más que un notario de la ciencia cuando se despoja de todo lo que ha aprendido. No es una paradoja de sofista al uso, aunque quien lea esto con la imaginación poco estricta de un habituado a las novelas pueda pensarlo.

Pero no es a ellos a los que me dirijo, porque no me entenderían. Escribo para quienes dejarán su juventud, sus fuerzas y su armonía con el entorno, para buscar en los alambiques y en las fórmulas yertas de los manuales, las minúsculas, insignificantes y consabidas leyes, estipuladas antes por otros, quizás no mejores ni más geniales; sólo más pacientes que sus contemporáneos. Y aunque sepan que nada nuevo podrán añadir, comprobarán por sí mismos cada axioma, cada afirmación, y no poseerán otra prebenda que la sed y la avidez que el conocimiento proporciona y no calma. Me dirijo a quienes desean desentrañar la creación para conocerla, pero no buscan transformarla aunque sólo les concierna a ellos descubrir el modo de lograrlo, porque el papel del sabio no incluye ningún poder, y toda su capacidad creadora debe huir de la realidad y concreción de sus proyectos, porque la prostituiría y nos condenaría.

A mis continuadores se lo advierto: todo conocimiento se adquiere a través de la aceptación de sucesivos a priori, y todo juicio racional confirma un prejuicio irracional e intuitivo, porque el cerebro se adecua a lo ya sabido y bloquea la comprensión de lo desconocido. Por eso, todo lo que resulta claro y verosímil para la conciencia incide en la ancestral pereza de nuestra capacidad cognoscitiva, y aquello que eriza y repugna a nuestra lógica suele ser lo que representa un peldaño más alto para la evolución de nuestra inteligencia. Por esta causa, cuando el

investigador haya superado todos los vacíos y los obstáculos formales en la disciplina escogida, debe despojarse de toda certeza y toda seguridad, y buscar, desde el primer grado de su aprendizaje, las grietas responsables de la fragilidad de todo su edificio lógico; aun cuando todo le parezca sólido e irrefutable deberá objetar con la despiadada incredulidad de un abogado del diablo, hasta desmoronarlo íntegramente.

Sólo después de dudar sistemáticamente de todas y cada una de las demostraciones, el sabio puede encontrar la piedra filosofal en el fondo de sus redomas, como resultado y síntesis de todos los elementos innobles que mezcló, y sabrá en qué consiste. Si evitase con mis indicaciones el proceso que lleva a ella, invalidaría su consecución, porque importan tanto los intentos fallidos como el éxito final o el fracaso definitivo: suprema sabiduría de la Alquimia, y sublime parábola del hombre, exiliado en un universo gélido y magnífico que lo ignora, pero no lo soslaya, puesto que nos interpela una y otra vez, en cada generación.

Hubiera podido morir apaciblemente, «*colmado de días*», sin vislumbrar otra realidad que la accesible a mi limitado raciocinio; sin embargo me suicidaré a medianoche para perder mi alma eternamente, según lo estipulado con el Tentador. ¿Quién creería un despropósito mi pacto con Mefistófeles si conociese lo que obtuve a cambio? La mayoría de la humanidad muere sin saber de otra embriaguez que la pérdida de lucidez en el estado semicomatoso de una intoxicación etílica; pero yo habré degustado aquella que exige luz, más luz, y es vertiginosamente límpida: amar y ser amado un día. Todas las mujeres del mundo existentes en Gretchen amaron a todos los hombres en mí. Podría ser una historia banal a fuerza de repetirse, si no fuera tan esencialmente distinta de cuanto se vive en el transcurso de una vida. Por eso, respetadme los que me sobreviviréis: amé y fui amado al precio de mi alma y del resto de mis días sabiendo lo que significa la eternidad para el amor.

Como todos, conocí el placer carnal en periódicas efusiones sexuales, que procuré como simples medidas higiénicas para la estabilidad de mi mente y un organismo sano. Nunca fueron ni remotamente comparables a las emociones que viví solo, en mi laboratorio, cuando la aridez de los ensayos fallidos y la fatiga

acumulada se resolvían en un fogonazo de clarividencia y la materia desvelaba otra incógnita para mi insaciable pasión por conocer. No quise que las mujeres interfirieran en mi vida y situé mis episódicas incursiones en los contornos, lejos de mi domicilio; cambié la dirección de mis pasos conforme llegaba el hastío a una relación, pero siempre hallé mujeres saludables y risueñas que, tal vez agradecidas por el privilegio de conmocionar la carne y la bolsa de un hombre rico, creyeron o fingieron amarme, pero a mí nunca me interesaron más allá de unos momentos: el tiempo que medió entre la turbación de los instintos y la desmadejada somnolencia de después. Así llegué al dintel de la vejez, con el espíritu aún ávido y la carne saciada.

Sin embargo, cuántas noches en mi adolescencia lloré de rabia por aquel cuerpo indómito, indiferente a los consuelos que yo le procuraba, sin que ningún placebo lo engañase por mucho tiempo y nada anestesiase su feroz energía. Cómo sufrí entonces, cuando todas las mujeres me parecían deseables e inaccesibles. Llegué a creerme un monstruo entonces, incapaz de inspirar otra cosa que repulsión, o piedad en el mejor de los casos.

Hasta que conocí a María, una campesina terca y silenciosa que me observaba en mis paseos, cuando ella venía a buscar forraje a un terreno de mi propiedad y jamás contestó a mis saludos. Una tarde, no sé aún que pasó por su cabeza, se acercó al ribazo donde yo descansaba después de mis largas caminatas para mortificar el cuerpo, y sin mediar palabra cogió mi mano y me condujo a la cima de un cerro cercano, señaló al sol poniente y me sonrió turbada. Ninguno de los dos tomó la iniciativa, y, sin embargo, en un acuerdo que parecía estipulado desde siempre, nos amamos despaciosos y asombrados, una vez y otra, durante algo más de un año.

Un día faltó y al siguiente vino con un joven robusto, atezado, y creo que fue la primera vez que me habló: “*Es mi marido* —dijo—: *nos casamos ayer*.” Ya no acudí nunca más a la hondonada donde la esperaba, ni he vuelto a subir al cerro que se ve desde mi ventana. Durante casi cincuenta años había olvidado a María, enterrada quizás bajo las sucesivas mujeres que fueron acogedoras conmigo, y no sé por qué la recuerdo hoy con un nudo en la garganta. Tal vez fue

el amor más auténtico de mi vida: nada nos pedimos porque todo lo teníamos y nunca nos mentimos: callamos como criaturas inmersas en un juego mágico y solipsista en el que sobran las palabras porque no hay que disfrazar el hastío.

El hombre no es un todo: nacemos privados de alma y sólo el transcurso del tiempo, la existencia, y la impregnación emocional nos conforma un espíritu. El adulto que soy es el hijo del lactante únicamente provisto del reflejo de succión para sobrevivir. Nada de lo que soy es enteramente mío: todo lo que viví me condicionó; lo que aprendí fue descartando arbitrariamente todas las demás parcelas del conocimiento y en esa necesidad de optar se trasluce, paradójicamente, la falta de libertad del hombre, que nunca podrá abarcarlo todo y desechar lo que no desea con conocimiento de causa. Trascendí al hombre elemental y compulsivo, víctima de todas las ignorancias, es cierto, pero negando una parte de mí que quedó anquilosada.

La exterioridad absoluta no existe, puesto que nos implica en sus imponderables y no hay autonomía en ningún hombre nacido de madre: todo está interrelacionado en el universo, pero su designio nos es desconocido. Del mismo modo que la miopía fue causa de mi desinterés por los espacios abiertos y condiciono mis tendencias introspectivas -a la vez que se agravó por no ejercitar la vista hacia lo lejos-, mi interés por el estudio me alejó de mis semejantes, con los que no podía compartirlo y, al mismo tiempo, se desdibujaron, disformes e insubstanciales como ese bosque borroso que rompe la línea del horizonte y apenas se me representa como masas de luz y sombra ante mis ojos.
No se escoge la naturaleza de la inteligencia que desarrollaremos: existe el cogitativo, que sólo retiene lo esencial, la verdad última, lo trascendental, las constantes, deduce lo general de lo particular y nada puede sino dejar libre curso a esta tendencia que se impone por carencias al descartar otras formas de ser y estar en el mundo. Y, existe esa otra inteligencia acumulativa de situaciones y experiencias, que enumera sin establecer categorías ni graduar cualitativamente, y solo obedece a la causalidad de las sugerencias exteriores, debido a una falta de valoración ultíma de la realidad. Un tipo de inteligencia siempre se afirma por incapacidad para ser de otro modo.

Recuerdo con toda nitidez el momento, a principios de la primavera pasada, en que di cima a mis investigaciones sobre la piedra filosofal. Gocé de un placer tan puro y tan alto, fue tan intenso el éxtasis, que tuve miedo. Supe inmediatamente que, a partir de entonces, todo me dejaría un sabor de ceniza y nada sería nunca tan exaltante como aquel momento, sabiendo como sé que mi naturaleza es, en lo esencial, disconforme y exige una progresión geométrica en los estímulos para responder con la misma pasión cada día. Así descubrí que mi identidad no era un refugio para mi alma, sino su prisión Dejé de estar orgulloso de mis logros para sentirme mutilado de los hombres que no he sido, los proyectos que no realicé y las cosas que no amé. Descubrí mi limitación y no mi plenitud. Durante los días que siguieron la música de Mozart fue un ungüento para mi alma maltrecha y mis nervios enfermos. Y la contemplación de Gretchen me reconcilio con la vida. Amar es no juzgar. Privados de los estereotipos y referencias con los que calificamos para definir, en el amor nos encontramos carentes de los asideros habituales que configuran nuestro sistema de valores. El amor es una alteración de la percepción, una fiebre cerebral, pero también una ascesis El amante trasciende su propia limitación humana, su depauperación racional, para acceder a ese estadio donde no importan tanto los defectos y virtudes —que lo son hasta encontrarlos en el ser amado- como las características. El amante sufre y goza de un espectáculo humano que sobrepasa su habitual receptividad: a través del sentimiento amoroso aprehende otra realidad, tan innegable como su propia identidad y descubre el amante novel y el experto la dimensión del otro. El objeto amado nos hace vivir como un cataclismo la alteridad, lo que no somos, con una añoranza de fusión que es, también, el deseo de traspasar los límites de nuestro propio ser, nuestra piel, en los que descubrimos una sima y una prisión. El otro, el amado, tiene una realidad ontológica tan formidable y tan arrasadora a los ojos del amante que anula cualquier petrificación, por muy profunda que sea, para percibir la propia inanidad y subrayar las propias carencias.

El amor es una llamada a nuestra irracionalidad, pero también al supraconocimiento. El sistema cognoscitivo es, habitualmente, reptante y somnoliento —en el ser humano el raciocinio es un automatismo sin consecuencias—, y sólo cuando se llega a traspasar las barreras del

anquilosamiento mental —mediante la ascesis mística, la sabiduría, el amor o el dolor— se despiertan algunas de las parcelas del cerebro, inutilizado en su mayor parte, desaparece ese estado vegetativo desde el que reconocemos el mundo y nos reconocemos, para vislumbrar otra realidad, desde otra perspectiva, y algo similar a la primera vez de todas las cosas y todas las vivencias, se impone a nuestra percepción. El amor abre puertas a una forma de conocimiento ajena a los prejuicios —única sabiduría posible— y más allá de la obnubilación del enamorado se encuentra la clarividencia, esa mirada con la que contemplarían el mundo el primer hombre y la primera mujer que lo estrenaron.

Nadie puede tener mayor deuda con Dios que yo, que he cambiado su paraíso por esta parcela de la creación que me dio en usufructo, y por lo mismo, nadie estará nunca más seguro de su infinita misericordia, que no desespero en alcanzar aun hoy, cuando estoy dispuesto a condenarme mediante el suicidio que exigió Mefistófeles. Porque amé y fui amado, sé que esta sed de absoluto Dios la puso en mí, como sé que el único pecado imperdonable para Él, si nos ama, ha de ser la desesperación de quien no crea que la piedad y el perdón han de ser gratuitos, al margen de todo merecimiento. Quien ama no juzga, no hace sumarios: sólo puede amar.

Para mi mente ahíta de abstracciones e incógnitas despejadas, ¡que temblor! No sé qué mecanismos, incluso al margen de mis conveniencias y mis opciones, desencadenó Gretchen, para iniciarme en los misterios de una sabiduría tan ancestral como el mundo y siempre nueva para quien ama. Todos los amantes del mundo perciben con estupefacción que aman a pesar de si mismos, de su decisión y aun al margen de sus previsiones. Casi siempre existe una profunda ironía en la elección; siempre es el amor el que nos escoge y nos señala sin que podamos, a priori, detectar lo que ocurrirá: igual que en una catástrofe natural, en el amor hay algo imprevisible y se vive como un seísmo que agrietara v alzase abruptas zonas de nuestra integridad. Quien ama y es amado no se halla satisfecho y colmado en el amor, sino profundamente desarbolado, sujeto pasivo por excelencia, y descubre con honda zozobra su falta de entidad. El amado nos ofrece un sentimiento gratuito y gratificante por el que nos descubre nuestro vacío y la hondura de nuestra iniquidad, nuestra falta de merecimientos por contraste con el

bien que se obtuvo.

Y en la iniquidad todo está permitido, salvo el arrepentimiento Mi amada Gretchen, aunque perdiera mi alma no podría arrepentirme de nuestro amor, y volvería a suicidarme si Dios, a cambio del olvido, me propusiera prorrogar mi existencia. Renunciaría gustoso a todo lo que aprendí y todo lo que he vivido, salvo a tu recuerdo, porque descubrí mi insegundad radical con tus caricias; pero antes sólo existió en mí un piadoso abotargamiento, que me hizo creerme ajeno y autosuficiente, y el prójimo era una entelequia, que nada significaba fuera de los inconvenientes que impone y resuelve. La percepción de la gratuidad, el lujo que es el otro, su insoslayable realidad, al margen de mí, profundamente valiosa por si misma y como troquel de mi identidad, sólo la tuve desde la vivencia de tu alteridad. "*Ama al prójimo como a ti mismo*"podría muy bien ser una vía de ascesis a la supraconciencia y no una norma moral. Sólo quien ha percibido que su realidad esencial es el trasunto del vacío último y su vértigo, está cerca de trascender sus paupérrimas certeza para llegar a la fulgurante visión de un yo que sólo nos limita y nos acota la realidad, y que hemos preferido al resto porque es nuestro, en un supremo fatalismo en el que no escogemos ser quienes somos, sino lo que somos.

Al amarme subrayaste la arbitrariedad de mi egocentrismo y su absurdo, precisamente porque me amaste sin merecérmelo, en mi desnuda condición, con todas mis limitaciones que jamás has señalado acusadoramente. Quizás por ello me sentí deudor de tu benevolencia y, por extensión, descubrí hasta qué punto soy, como todos, un ser proyectado a la nada, sin más valor que el que se otorgue arbitrariamente a mi existencia, siempre anodina, siempre prescindible. Salvo para quienes me aman: Gretchen y Dios.

No aspiro a merecerlo; sólo sé que ese amor legitima mi vida, mi muerte y mi conducta.

Leipzig, 25 de febrero del año de gracia de 1822

(Sigue firma ilegible)